Principio y fin en el Universo cíclico de los antiguos egipcios

José Lull
jose.lull@gmail.com

El ser humano siempre ha sentido inquietud por conocer el origen del universo. En el mundo antiguo muchas culturas desarrollaron cosmogonías en las que uno o varios dioses o fuerzas naturales animadas se convirtieron en protagonistas imprescindibles de ese complejo proceso creativo. Cada cultura intentó dar respuesta, de este modo, a una cuestión tan compleja como atractiva.

En el Egipto faraónico destaca la cosmogonía heliopolitana, por antigüedad y por la extensa documentación que nos ha llegado de ella. De esta, una de las principales fuentes de información se halla en los *Textos de las Pirámides*, cuya versión más antigua conocida es la que se muestra inscrita en el interior de la pirámide del rey Unas (ca. 2320 a.C.) (fig. 1). En ella Atum aparece como demiurgo, dios creador que se creó a sí mismo desde la solitud. Pero antes de que Atum viniera en existencia, para antes de que nada existiera, los egipcios describen un espacio precreacional que, de algún modo, intenta plasmar la idea de vacío, si bien no en un sentido estricto, pues ese espacio ya contiene la esencia (aunque inactiva) del demiurgo.

FIGURA 01 – *Textos de las Pirámides en la pirámide de Unas, V dinastía, Saqqara*

Ese ámbito precreacional era visto a modo de ilimitado océano primordial, llamado *nun*, caracterizado por su extrema oscuridad, por su completa quietud, por su silencio y por el total desconocimiento que de él tendrán los seres creados a partir del demiurgo, pues ningún ser ha estado en el *nun*. El *nun* precreacional es un lugar donde el tiempo aún no ha empezado a correr. Por otro lado, como la nada suponía un concepto muy abstracto para el pensamiento egipcio, dicho espacio precreacional era descrito por todo aquello que no contenía, es decir, era la propia negación de la existencia, el no ser.

En escritura jeroglífica *nun* es escrito habitualmente de este modo: 𓈖𓈖 . Esta variante es muy significativa, dado que usa como determinativos los signos de cielo y agua, lo cual nos sirve para reconocer la asociación que el *nun* podía tener con el elemento celeste y acuoso.

El nombre Atum (𓅱𓄿𓅱) (fig. 2), por otro lado, viene del verbo 𓅱𓄿𓅱𓀀 *tem*, que significa tanto "completar" como "no ser", siendo probablemente "el completado"el significado del nombre del dios. Una serie de pequeñas descripciones que aparecen en los textos dan pistas sobre la situación de Atum antes de su propia existencia. En su estado precreacional el Atum es definido por su forma de serpiente, reflejo del "caos" primigenio y de los elementos esenciales aún no definidos que cobrarán vida y fuerza durante la la creación. Salvando las distancias, estas serpientes del mundo precreacional son las partículas a partir de las cuales se desarrollará la materia creativa. En este contexto, por tanto, la forma de la serpiente representa la pre-existencia, a la que al final de los tiempos, en un universo cíclico, llegará nuevamente el propio dios creador.

FIGURA 02 – *El dios Atum en la estela de Taparet, dinastía XXII. Museo del Louvre, París*

Mientras que los *Textos de las Pirámides* relatan que Atum nació en el *nun*, antes de que el cielo y la tierra vinieran en existencia, los *Textos de los Ataúdes* dicen de él que es "aquel que ha interrumpido su reposo en el tiempo de Nun", es decir, aquel que se activó en el inerte *nun*. Por ello, el *Libro de la Salida al Día* (más conocido como *Libro de los Muertos*) reconoce a Atum como el demiurgo a partir de cuya creación se inició el tiempo: "Eres el señor del cielo y de la tierra, quien hizo arriba las estrellas y a la humanidad debajo, el dios único, que vino a la existencia en el principio del tiempo". El principio del tiempo tiene lugar sólo con la creación, que empieza cuando se concluye la formación de Atum. Cuando los egipcios se refieren a un tiempo muy lejano, emplean el término *isut* o *paut*, siendo el momento mismo de la creación el conocido como *tep sepi* "primera vez". Antes de la creación, antes de esa primera vez, no hay tiempo. De hecho, un texto de época de Ramsés II, la *Estela Retórica* de Abu Simbel, transmite esta idea, al expresar que antes de la primera vez no hubo pasado.

Pero Atum, estando aún en el *nun*, no hallaba un lugar donde permanecer de pie, de modo que el primer elemento terrestre que surge del *nun*, en el proceso creativo inicial, fue el espacio en el que se colocó el dios, la colina primordial o *benben* con la que él mismo se identifica. Esta asimilación también se describe en el *Libro de la Salida al Día*, cuando se dice que Atum es "aquel que hizo el cielo, el

que creó lo que existe, el que emergió como tierra".

La separación del cielo, la tierra y el *nun* ya es indicada muy brevemente en los *Textos de las Pirámides*. Sin embargo, el *Libro de la Vaca Celeste*, cuya versión (incompleta) más antigua data de la época de Tutankhamon, explica precisamente el momento en que Nut pasó a constituir la bóveda celeste por deseo del dios solar, que quería alejarse así del mundo de los humanos. Esto queda perfectamente plasmado en la iconografía que aparece en la tumba de Seti I en el Valle de los Reyes, donde la diosa celeste Nut, en forma de vaca, es sostenida por el dios Shu (dios de carácter atmosférico) al tiempo que parejas de Hehu apuntalan las cuatro patas de la vaca para que no pierda el equilibrio y se desmorone desde las alturas (fig. 3). Las cuatro patas, a modo de cuatro pilares, pueden vincularse a los cuatro puntos cardinales. De hecho, en el famoso zodíaco de Dendera podemos ver representadas las diosas personificaciones de los cuatro puntos cardinales sosteniendo la bóveda celeste. En realidad, la separación del cielo y de la tierra por parte del dios Shu es un motivo iconográfico muy repetido que también podemos ver en los *Fundamentos del curso de las estrellas* (más conocido como *Libro de Nut*) tal y como se observa en el cenotafio de Seti I en Abidos y en la tumba de Ramsés IV en el Valle de los Reyes.

Finalmente, el universo creado quedó estructurado por una serie de elementos

FIGURA 03 – *La vaca celeste, sostenida por Shu y los Hehu. Tumba de Seti I, XIX dinastía*

o regiones: la tierra con Egipto como centro absoluto, la atmósfera, el cielo, la *duat* (oscuro mundo subterráneo pero también celeste habitado por los difuntos) y, rodeándolo todo, el *nun* u océano primordial conservando sus características iniciales. En la tapa de un sarcófago de la dinastía XXX, actualmente en el Museo Metropolitano de Nueva York, se representó básicamente esta idea (fig. 4).

Llegados a este punto, cabría preguntarse cuál era el pensamiento egipcio sobre

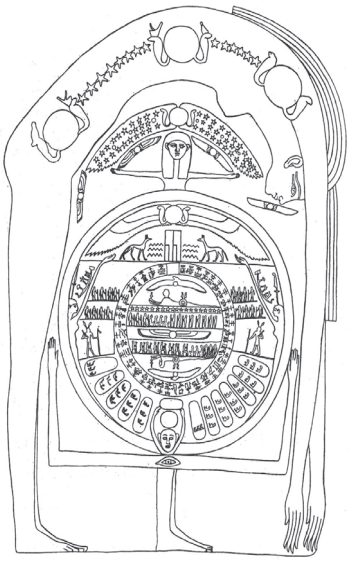

FIGURA 04 – *Esquema del mundo, en la decoración de la tapa de un sarcófago de la dinastía XXX. Museo Metropolitano de Nueva York.*

el futuro que aguardaba al universo. En principio, teniendo en cuenta las constantes manifestaciones del faraón como valedor del orden y del equilibrio cósmico o de la inmensa inversión en el mundo funerario transmitiendo aparentemente la idea de la eternidad, la estructura del universo egipcio que hemos descrito podría parecer inmutable en el tiempo, constante en su forma, custodiado y protegido por los dioses. Sin embargo, muchos textos egipcios nos describen cómo este orden también tiene una fecha de caducidad. En realidad, en el pensamiento egipio transmitido en la cosmogonía heliopolitana el universo está sujeto a un ciclo de nacimiento, desarrollo y muerte.

En los *Textos de las Pirámides* hallamos una primera referencia, aún a modo de maldición, del proceso destructivo que puede acontecer al final del universo. Se dice que "las montañas a cada lado del río se juntarán, las orillas se unirán, los caminos se volverán impracticables para los viajeros y las pendientes serán destruidas para aquellos que quieran huir ". Con ello, se intenta expresar que en el final el espacio se doblegará sobre sí mismo, hasta desaparecer, es decir, la tierra será completamente represada, colapsará. Es la misma idea que aparece en el papiro Harris: "Haré que la tierra caiga en el *nun*, que el sur se convierta en norte y la tierra se doblegue".

Este final, asociado a un proceso destructivo contemplado por Atum, el demiurgo, y por Osiris, el dios de los muertos, también lo podemos rastrear en los *Textos de los Sarcófagos* cuando leemos: "Yo he pasado millones de años entre mí mismo y aquél el Inerte, el hijo de Gueb. Yo me sentaré con él en el lugar único, y las colinas se transformarán en pueblos y los pueblos en colinas y unas casas destruirán a otras". Es una vuelta al caos, al inicio de la creación, donde el demiurgo vuelve a su forma anterior a la existencia.

En otro tipo de textos, como en las *Admoniciones*, también aparecen descripciones que se refieren al final del mundo. Así, por ejemplo, en el Papiro Leiden I 344, que describe un contexto de desorden vinculado a una crisis generalizada de la sociedad, se dice: "Ojalá hubiera un final para la humanidad, sin concepción, sin nacimiento, que la tierra cesara su ruido y no existiera el tumulto". El que la tierra quede en silencio y que se niegue el nacimiento, es decir, que impere la inactividad y la quietud, nos recuerdan las características del *nun*.

La muerte, según el capítulo 154 del *Libro de la Salida al Día*, alcanzará a todos. Pero de todos los documentos que podemos analizar el más claro, respecto al fin del mundo, es el que nos transmite el capítulo 175 del *Libro de la Salida al Día*. El texto, descriptivo y especialmente interesante, reproduce una conversación entre el dios de los muertos Osiris y el propio demiurgo, Atum: "¿Qué sucede con mi tiempo de vida?, [pregunta Osiris]; y así dijo él [Atum]: tú vivirás por millones y millones (de años), un tiempo de millo-

nes (de años). Sin embargo, yo destruiré todo lo que he creado. Esta tierra volverá al *nun*, al agua primordial, tal y como fue en su comienzo. Yo sobreviviré junto con Osiris, después de que yo me transforme en otras serpientes, las cuales no son conocidas por los hombres y no han visto los dioses".

Lo primero que llama la atención es que la pregunta la formule Osiris, pues como dios de los muertos podría parecer quedar al margen de este proceso. Sin embargo, Atum le responde que el tiempo que le queda, aunque muy extenso, es limitado, pues llegado a ese final Atum destruirá todo lo creado para volver al *nun*, a su estado original. Pero hay que observar que, aunque se advierte que tanto Atum como Osiris permanecerán en el *nun*, también se dice claramente que Atum se transformará en serpientes. Esto indica que ni siquiera el propio Atum permanecerá en su forma de dios creado sino que pasará a una forma preexistencial definida por esas serpientes.

Como hemos visto, Atum, tanto antes de la creación como en el regreso al *nun* tras el fin del mundo aparece en forma de serpiente, como reflejo de ese estado de pre-existencia en el que su esencia se diluye en el vasto océano primordial. Por tanto, este capítulo del *Libro de la Salida al Día* establece que en un lejano futuro el universo conocido colapsará y será destruído para volver al *nun*, el lugar precreacional oscuro, inerte y silencioso, en la forma original "que los seres humanos no conocen y que los dioses no han visto". En ese estado en el *nun*, tal y como fue en el universo precreacional, la esencia y fuerza de Atum permanecerá inactiva, latente, hasta que nuevamente venga en existencia antes de que lo haga ningún otro dios. Como se advertía en el papiro Leiden I 350 "(en el momento de la creación) no había con él otro dios que pudiera describir su aspecto".

Los egipcios no tuvieron ninguna palabra para expresar algo tan abstracto y de tan completo significado como nuestra palabra "tiempo", aún a pesar de disponer de una gran cantidad de términos vinculados al tiempo. Sin embargo, es la combinación de dos términos, *djet* y *neheh*, lo que más se acerca a este concepto. Los egipcios hicieron uso constante de estos dos términos para expresar la idea de tiempo / eternidad. Así, 𓆼 *djet* y 𓋹 *neheh* corresponden, por un lado, a una eternidad líneal e inmutable y, por otro, a una eternidad cíclica y regeneradora, respectivamente.

En un himno dedicado a Osiris que se halla en el templo de Opet en Karnak, de época ptolemaica, se certifica que sólo el demiurgo (en este caso Ra) permanecerá en su esencia con Osiris en el *nun*, más allá del tiempo *neheh*: "Se dice de él en los escritos: aquel que perdurará después del tiempo *neheh*, pues él es el único que permanecerá junto a la majestad de Ra, mientras que la tierra estará en la inundación y será sumergida por el océano primordial como antes de su origen y no

habrá dios ni diosa que, también, se convierta en serpiente".

La vuelta al estado inicial precreacional derivará en un nuevo comienzo, como lo fue la primera vez. Por tanto, más allá del ciclo diario de regeneración del dios solar, expresado abundantemente en una gran variedad de textos e iconografía, también hay un ciclo de (re)creación a una escala temporal muy superior, pues abarca al propio universo. El universo egipcio es cíclico, como refrenda también una inscripción del templo ptolemaico de Dendera, en la que se dice que el creador es "el que viene a la existencia después del fin del tiempo cíclico *neheh* y no desaparece".

El poeta alejandrino Claudio Claudiano, escribió a principios del siglo V d.C., en el *Homenaje a Estilicón*, un bello poema en el que describe a una serpiente que, en sí misma, encarna este aspecto cíclico e inexorable:

> *"Desconocida, lejana, inaccesible a nuestra raza, casi prohibida a los mismos dioses, existe una caverna, la de la inmensa eternidad, madre tenebrosa de los años, que produce las edades y las vuelve a llamar a su vasto seno. Una serpiente defiende el perímetro de esta gruta; devora todas las cosas con voluntad serena, y sus escamas permanecen perpetuamente jóvenes. Con la boca vuelta hacia atrás, devora su propia cola, y, deslizándose en silencio, vuelve a pasar por el lugar donde ha comenzado".*

Lo que transmite Claudiano es perfectamente comparable con lo que hemos visto en el capítulo 175 del *Libro de la Salida al Día* y refrendado por otros textos egipcios antiguos. El lugar donde vive la serpiente es desconocido, como el *nun*, y la serpiente que se muerde la cola simboliza la eternidad cíclica en su proceso de renovación contínua. Por otro lado, este motivo iconográfico, aunque es conocido con el término griego uróboros ("devorador de la cola"), tiene su origen en el antiguo Egipto.

FIGURA 05 – *Uróboros en un sepulcro de Tutankhamon, dinastía XVIII. Museo de El Cairo*

El más antiguo uróboros representado en la iconografía egipcia aparece en el exterior del lado derecho de la segunda capilla dorada de Tutankhamon (fig. 5). Una imagen aún más interesante del uróboros, por las claras connotaciones espacio-temporales a las que se asocia, la

tenemos en el papiro de la dama Heruben de la dinastía XXI (fig. 6). En él, un disco solar pintado de rojo aparece rodeado por el uróboros. El disco contiene en su interior la representación antropomorfa del niño con el dedo en la boca que simboliza el joven Sol naciente. Por otra parte, sosteniendo el disco aparecen leones orientados de modo inverso. Se trata de Ruty, "los dos leones", generalmente asociados a los horizontes oriental y occidental, que en el capítulo 17 del *Libro de la Salida al Día* representan el ayer y el mañana, tal y como podemos ver, por ejemplo, en el papiro de Ani (dinastía XIX), donde ambos leones soportan el horizonte *akhet* y son cubiertos por el cielo pet (fig. 7).

FIGURA 06 – *Uróboros en el papiro de Heruben, dinastía XXI. Museo de El Cairo*

FIGURA 07 – *Viñeta del capítulo 17 del Libro de la Salida al Día en el papiro de Ani, dinastía XIX. Museo Británico, Londres*

Globalmente, por tanto, la iconografía que aporta esta escena es muy completa. El uróboros protege al disco solar, pero a la vez tiene relación con el tiempo *djet* y *neheh*, con el ciclo contínuo de renovación del Sol, pero también con el principio del mundo (la primera vez). De igual modo, hay una dimensión espacial, pues los ciclos quedan enmarcados entre el cielo y la tierra, con el necesario paso del Sol por la *duat*, de modo que los elementos principales del universo quedan implícitos.

En definitiva, la propuesta de un universo cíclico refleja esencialmente una idea tan arraigada en el pensamiento egipcio como la de la continua regeneración. También en el *Libro de las Cavernas*, otra de las grandes composiciones religiosas del Imperio Nuevo que aparece en su primera versión completa en la tumba de Ramsés IV, se observa cómo la muerte no es el fin sino la transición necesaria para el renacimiento cíclico: "Mirad, yo entro en el mundo del que he salido y me coloco en el lugar de mi primer nacimiento". ■

-Bibliografía:

J. Lull, *La astronomía en el antiguo Egipto* (3ª ed., Valencia: PUV, 2016).